

CONFERENCIA DEL PADRE LLANOS.

24 de enero 1.958

Señor Decano, estudiantes, amigos:

Me perdonaréis mi presencia aquí. Y quiero empezar pidiendo esta dispensa o perdón porque de un lado ha sido un acto de debilidad de mi parte y de otro también de lealtad para el Servicio Universitario del Trabajo. Notareis a través de estas palabras -- que este perdón que os pido no es una fórmula. Es perdón por lo -- que pienso decirlos. De todos modos me perdonareis. Alguien tenía que empezar y había un deber de lealtad por mi parte para estos -- estudiantes del Servicio Universitario del Trabajo y por eso acepté.

No se trata de una conferencia. Sería ridículo venir a -- conferenciar aquí con vosotros quien está demasiado lejano de vosotros. Tampoco de un coloquio porque para ello se necesitaría estar en contacto con la Universidad. Si algo puede ser es un soliloquio en alta voz, sin más fórmulas y sin más concesiones literarias y oratorias a nada que no sea la plena, absoluta y dolorida realidad.

Se trata de manifestar la vieja preocupación, en nosotros muy vieja, de la distancia, siempre en peligro de decir algo más que distancia, existente entre dos mundos: el mundo universitario y el mundo del trabajo. Me permitiréis, pues, que exponga claramente como veo los dos mundos; como veo su distancia, como el peligro de convertir la distancia en oposición y como el deber de -- la armonía surge de esta realidad social que vivimos y este deber de armonía concuerda en algunas que llamaremos atrevidamente soluciones.

Dos mundos. Sería ingenuo empezar a demostrar que son dos mundos. Quizá sería interesante demostrar que son mundos, por lo menos uno de ellos. El mundo del trabajo lo podemos llamar así, -- mundo, porque este conjunto de hombres que en nuestro país vive -- el fenómeno social, eleva su promisión a algo más de lo que se -- cree. Es algo tan cerrado en sí, tan profundamente vital, tan, incluso, introvertido e inasequible, tan extraño a los que vivimos fuera de él, que realmente la impresión de que es un mundo surge a los ojos de todo el que mira de frente y sin tapujos esa realidad. Un mundo de trabajadores, con su característico recelo, con su introversión, con la conciencia inmensa de su poder y de su -- fuerza, con ese prodigio -- en nuestro país realmente prodigio -- de aguante, de espera más que de esperanza, de espera. Por eso es necesario apreciar con sentido de la realidad esas valoraciones, -- tantas veces repetidas, cuando se habla del problema del trabajo, pero difícilmente vividas por quien no sea un trabajador. Es el -- saboreo del trabajo en sí, del trabajo que es totalmente cercenado de sus frutos. Vosotros trabajáis y el fruto lo tenéis siempre inmediato a vuestro trabajo: el beneficio de la cultura. Ellos -- trabajan sin esperar el rendimiento de su trabajo, con unos frutos siempre lejanos a su propio esfuerzo. Esa valoración del trabajo se refiere al obrero. Por algo hemos aceptado casi exclusivamente por obrero al que trabaja con la mano. Esa conciencia de solidaridad -- si no fuera una contradicción diría esa conciencia inconsciente -- esa conciencia primaria que le sube por encima de todos esos individualismos o personalismos tan característico entre nosotros, es hoy día muy difícil, por elemental, de captar.

El mundo del trabajo visto desde fuera ofrece perspectivas casi siempre engañosas. El meterse dentro de él es casi imposible. Es un autentico mundo. El vuestro, perdonad, no lo considero tal mundo. Vosotros sois, queramos o no, queráis o no, un apéndice, una parte, una provincia del mundo burgués. Y este mundo burgués tiene un poder de succión tan inmenso, que el mismo trabajador que llega a la Universidad, sin apenas darse cuenta queda absorbido por la totalidad, por la vitalidad de ese mundo. Sois, seguis siendo, apéndice, provincia, parte -llamadla como queráis- de un mundo que no es el mundo del trabajo, de un mundo que no es exclusivamente vuestro. Vuestra peculiaridad es indiscutible, pero siempre con independencia del mundo del trabajo y en relación con el mundo burgués. Sus características vosotros las conocéis, las vivís, están exclusivamente abiertas para vosotros y son mucho más fáciles que para el mundo del trabajo. Además, seamos sinceros, sigamos siendo sinceros, os entendemos mejor a vosotros que a los trabajadores. Obráis en vuestras actividades con esa característica inseguridad, con eso que llamais "complejo universitario". Pero seguis realizando estudios de tipo humanístico de siglos pasados, tan ajenos, tan lejanos al mundo del trabajo. Vuestra extraversión característica, vuestra abertura, la facilidad de vuestro pragmatismo, en vosotros no es espera sino esperanza. Eso lo sabéis todos. Para vosotros el trabajo es algo muy distinto de lo que es para ellos. Obráis en seguida, inmediatamente, minuto a minuto y obteneis el fruto de vuestro trabajo con la adquisición de esa luminosidad, de esa luz, de esas verdades profundas. De ahí vuestro personalismo, vuestro individualismo. La conciencia de comunidad universitaria es distinta de la comunidad de trabajadores. Sobre todo es lujo, autentico lujo vuestro ingenio, vuestra preparación intelectual, selecta a veces como es selecto vuestro ingenio, hace con la inteligencia lo que ellos no pueden hacer. Todo esto os situa en un plano, en un ambiente, en un ambito totalmente distinto del de ellos. No hay por qué insistir. Esta separación, evidente ante el mas somero examen, la confirma la Historia y con esta los fracasos de los pequeños ensayos que se han hecho para armonizar ambos mundos

Hay que reconocer que en todos esos años se va introduciendo una buena voluntad, un acercamiento, unos puntos de contacto entre el mundo del trabajo y el mundo de la Universidad. Déitemos como ejemplo la aparición en la Universidad de minorías interesantes procedentes del mundo del trabajo. Parecen un puente establecido entre ambos mundos. Sin embargo acabo de deciros que bastará percibir este poder de succión que tiene la Universidad -el mundo burgués en general-, para ver con qué solícitud se aprestan muchos de estos que vienen del mundo del trabajo a adquirir, a pesar, incluso, de sus mismas dificultades económicas, enseguida, una mentalidad, un modo, un talante totalmente distinto al de sus padres trabajadores. Es cierto que al lado y simultáneamente a estas apariciones en la Universidad de minorías numerosas de hijos de trabajadores, ha aparecido en nuestro país la promoción a la cultura de los estudiantes trabajadores con esos maravillosos palacios de las Universidades Laborales, aun como mero ensayo; pero un ensayo importante, tan distinto a vuestras Universidades, que siempre apareciera el peligro, que se ha acusado varias veces, de que den a los trabajadores una cultura universal, una cultura literaria. Formación distinta, problemas distintos, mundos distintos. También es cierto -estamos aquí acudiendo al llamamiento del S.U.T.-, que los universitarios, por su parte han hecho algunos pequeños esfuerzos para acercarse al mundo del trabajo con la asistencia a campos de trabajo. Pero hasta ahora

estos ensayos, que comenzaron hace seis o siete años, siguen siendo una aventura incomprensible por todos los que, de un modo u otro, participan en ella o la estudian desde fuera. Los trabajadores seguro que no la comprenden. Siguen sin comprenderla. Les parece un juego más o menos curioso lo que estos muchachos, hacen, incluso simpático, pero los consideran como personas de otro mundo. Los estudiantes en gran parte, con excepciones interesantes, siguen siendo los aventureros que con conciencia no social sino inquietudes diversas, acuden a esos campos alguna que otra vez. El mundo de nuestra especie, todo el mundo, la gran sociedad española, sigue considerando una chaladura, algo sin sentido o de un sentido realmente singular en estos tiempos, la asistencia de los universitarios a esos campos.

Hasta aquí, brevemente, lo que tampoco hace falta demostrar: que existen dos mundos con una separación siempre en peligro de ser mayor. Ya el hecho de estar separados y de poseer valores tan distintos como banderas de cada uno de ellos, indica la distancia que los separa y la posibilidad de que se haga mayor. No creo que haya hoy en ambos mundos verdadera oposición en sentido de enfrentar, en sentido de malos afectos, por parte de los universitarios y obreros y de obreros y universitarios; pero la distancia es tan acusada, tan digerida, que la oposición es posible siempre. Al fin y al cabo también están dispuestos a ejercer la hegemonía en el futuro. Vosotros, por imperativos indiscutibles, tenéis vocación de rectoría y tenéis que acudir a regir una sociedad; ellos tienen la conciencia histórica — en España más disminuida — de que todo lo que hay en el mundo debe ser en el futuro de los trabajadores. Y esta conciencia les empuja a avanzar cada vez con más fuerza en la Historia. Vosotros también avanzáis hacia la misma hegemonía y seguramente tendréis que disputarla. Al fin y al cabo, lo más doloroso y lo más característico de nuestra guerra civil del treinta y seis fue la oposición entre el Comisario Político y el Alférez provisional, dos mundos distintos que lucharon con peligrosidad en una oposición que Dios quiera no vuelva a repetirse.

Necesidad, pues, de impedir esta oposición posible, siempre posible. Necesidad de hacer labor por la armonía, por el entendimiento, por el acercamiento de estos dos mundos distantes. Queremos desear que no sea un tercer factor, un tercer elemento tan grande y poderoso como el Estado, el que ampare ambos mundos. Queremos crear, como hombre y como cristiano, que estos mismos factores sociales deben hacer por acercarse y resolver ellos su armonía futura. Por eso intentamos soslayar el proteccionismo del Estado. Insistimos en la necesidad de que cada uno de esos mundos actúe por su exclusiva iniciativa. En vuestras manos tenéis más responsabilidad porque tenéis más cultura. Sois los más capacitados para sustraernos a esta labor estatal, para acercar los dos mundos que siempre están distantes pero que nunca deben estarlo tanto que pongan en peligro la paz, la armonía necesaria y no se hallen medios a que podamos recurrir o idear para acercarnos.

Es cierto lo que tantas veces se ha dicho y se repite sin cesar: que es necesaria una nivelación económica en España. Bien. Esa nivelación económica en España está totalmente en manos del Estado y esperamos y deseamos que se haga. En otros países casi ha bastado una intervención económica, unas medidas radicales en el mundo de la economía para acercar esos dos mundos, distantes en gran parte por sus diferentes niveles de vida. Pero creo que no basta con esta nivelación económica, que el problema está sin resolver y que no basta elevar el poder adquisitivo del obrero para que se llegue a esa deseada nivelación, porque antes, mucho antes, el mundo de la Universidad y el mundo del trabajo deben estar en perfecta armonía. Pensar de otro modo es pura ilusión. El hombre es algo más que un factor económico y estos dos mundos, el mundo del trabajo y el mundo de la Universidad, tienen valores que no son exclusivamente económicos. Los avances económicos del obrero son, desde luego, estimables; pero este año se han dado, y sin embargo,

no se notan, se ocultan esos avances. Hay que ir a un acercamiento a nuestro mundo del mundo de los que trabajan. Hay que hacer algo más y ese algo corresponde a vosotros y a ellos, especialmente a vosotros, repito, que por más cultura tenéis más responsabilidad. Y ese algo lo hemos cifrado siempre en la aparición de un tipo de estudiante nuevo, que es el estudiante estudiante-trabajador, que junto a otro tipo complementario, el trabajador-estudiantes, llegase a la desaparición de una sociedad y de un mundo, rompiendo la corteza de estos dos que hemos analizado, llegando a un profundo entendimiento mutuo. Es el ejemplo que mi hábito religioso nos da. No hay paz, no hay armonía, sin recurrir a ese Verbo que se hizo carne y habitó entre nosotros, entre los hombres, a los que había de redimir. Cerca de El está la paz. El sólo es un ejemplo de lo que debe ser la vida social si queremos evitar los conflictos. Y aquí, en su finalidad, en esta peculiaridad, sin necesidad de copiar modelos de otros países, está la clave, está la solución de la antinomia. La encarnación debe ser fórmula, si no la única, si la más característica, y además, la que está en nuestras manos. La aparición del estudiante-trabajador, el tipo de estudiante nuevo, distinto del que, al fin y al cabo, sois, han sido o hemos sido, nuestras generaciones anteriores y vamos siendo los de estos tiempos, iguales a los estudiantes del Renacimiento, los estudiantes humanistas que, al fin y al cabo, es lo que arrastramos, es decir, los estudiantes que necesitan una serie de años exclusivamente para estudiar. Y es que aquí, la mayoría al menos, piensa lo contrario. Es lo que se manejaba en ciertos encuentros o polémicas que hubo en la prensa el pasado curso. La mayoría, la inmensa mayoría de elementos docentes piensa también lo contrario. Se apoya en que la ciencia actual, el conocimiento actual cada vez exige más preparación exclusiva, incluso hasta en la autenticidad del hecho de que el estudiante que trata de ser otra cosa deja de ser estudiante; es decir, se repite una serie de ideas que desde el tipo del estudiante humanista tienen un valor. Pero lo que intentamos desmontar es el tipo del estudiante antiguo; y desmontarlo precisamente por razones que, en otro plano de valores, fueron aplaudidas por todos. A la hora triste de la guerra, el estudiante no sólo supo armonizar sus libros con las armas. Hizo algo bastante más radical: dejar los libros por las armas. Y surgió eso tan original del Alférez de nuestra guerra, el estudiante que sabe también vestir el uniforme. Cuando el servicio de la Patria lo exige, entonces cercena los estudios y exige un puesto en las filas del Ejército porque la Patria lo necesita. Sobre este ejemplo, admitido y querido por todos, se opone el contrario, el de ser traidores a la Patria. Y cuando el peligro social es, a mi modo de ver, tan grave; y cuando queremos precisamente impedir, acabar con ese peligro; cuando queremos impedir esa situación surge la posibilidad de hacer un tipo de estudiante que sepa cercenar gran parte de su exclusividad de estudio y admita en su vida una conciencia social, que no se adquiere sino en contacto y viviendo, como dice el Evangelio, en el ámbito de los trabajadores, acercándose a ellos, trabajando con ellos, rompiendo el encanto mágico de un ambiente como el de esta Ciudad Universitaria donde respiramos; es decir, cuando nos adentramos en el suburbio, en el barrio de trabajadores, y nos oímos un poco de esta Ciudad Universitaria. Notad el inmenso contraste, no sólo por miseria del uno y lujo del otro, sino por vida intelectual, característico de su vida total.

Cuando se notan esas diferencias se piensa en un tipo distinto de estudiante, con su ámbito metido, encarnado con un sentido social, con una coparticipación de la vida de los trabajadores. Entonces podríamos lograr algo distinto, como ha sido distinto el tipo de estudiante militar, estudiante soldado, estudiante sargento o alférez, que hace cincuenta o cien años era incomprendible. Si en 1930 se hubiera presentado el tipo de estudiante a los mismos que hacían sus estudios militares, no se hubiera comprendido. Hubiera sido una novedad extraordinaria. Así debe ser el tipo de estudiante del futuro, si queremos hacer una obra fecunda, si queremos ser auténticos, sinceros y abordar de frente el problema creando, el tipo de estudiante que no pueda dedicarse exclusivamente a estudiar, que sepa más pero que su ciencia humana sea mayor, que sepa acercarse a sus hermanos trabajadores. Así contribuiría a crear una nueva sociedad, una sociedad donde el hombre, con su vocación, con su espíritu humano, habrá logrado en los mismos años de preparación algo que no es solo bagaje intelectual, algo que es preparación vital, que es preparación social, que es preparación para darse cuenta de la realidad. Porque la vida es un todo, es el conjunto de los hombres de un país, de sus problemas, de sus angustias y hay que intentar penetrar en ese mundo de los trabajadores, entendiendo y haciéndoles entender la palabra de Cristo, con toda su divina belleza. Hay que llegar a ese mundo que está pidiendo todavía una redención, no solo religiosa sino también social. Por eso, frente a las instalaciones de vuestros magníficos Colegios Mayores, yo propugnaría los colegios pequeños; en vez de barrios exclusivamente universitarios, la Universidad informando en pequeños colegios, en barrios obreros para llevarles la redención y la cultura. Sería todo más cómodo. Precisamente se hallan incómodos los que disfrutan de una excesiva comodidad intelectual. Se trata de dar una gravedad, un peso, una responsabilidad, una participación en el dolor ajeno a vuestra vocación, que creo indiscutiblemente intelectual.

Todas las demás medidas que podamos soñar para acercarnos a los dos mundos, creo que serían siempre insuficientes si no tenemos el valor de crear un nuevo tipo de estudiante. Al lado de él debe surgir -pero de esto no os hablaré a vosotros sino a ellos-, el tipo del trabajador estudiante, ambos unidos, sustituyendo a esos otros dos tipos de que antes hablaba, con los que siempre tenemos el peligro de que se enfrenten: el joven estudiante vistiendo uniforme militar y el joven obrero que con la cabeza llena de cuatro ideas se permite ser Comisario Político, frente a esos dos tipos, frente a la posibilidad de que surjan, existen otros dos: el estudiante trabajador y el trabajador estudiante, el mundo del trabajo y la Universidad en con ju nción ar mónica.

¿Dificultades? Muchas. ¿Razones en contra sobre este problema, banderas surgidas, en parte del S.U.T., en parte de la Universidad, o, por lo menos, hemos discutido las orientaciones de mimo con que la sociedad española hoy atiende a la Universidad? Muchas también. Pero como no hemos venido aquí a un coloquio sino a un soliloquio, dejo la idea lanzada para que la discutais, para el porvenir, pero nunca para que la rechazéis creyendo que se trata de una utopía. Se trata de poner en marcha la única aventura posible que tienen hoy los universitarios.

Y termino. Quisiera que quedara en vosotros, fuertemente grabada, esta impresión: que hay dos mundos distantes y que hay una solución bella, profunda, que supone mucha dificultad para el hombre: meter su personalidad en otro ambiente sin dejar de ser estudiante; pero agudizando su personalidad, rompiendo su comodidad, acercándose a vivir, a convivir, a compartir, a coincidir desde el ámbito universitario, con aquellos que vi-

ven hoy tan lejos y están en peligro de ser nuestros enemigos.

Voy a contaros dos anécdotas, las dos recientes. Una de ellas puede ser así. Se refiere a los Pequeños Hermanos de Jesús. Son religiosos que viven exclusivamente para el trabajo. Se dedican a instruir trabajadores en las fábricas. Viven en poblaciones francesas, conviviendo con los obreros, trabajando con ellos. Estos Pequeños Hermanos de Jesús han fundado en Madrid una pequeña Residencia en un barrio obrero. Son franceses y americanos. Voy algunas veces a celebrarles la Misa porque no tienen sacerdote todavía. En esa pequeña Residencia de estos trabajadores que dan su testimonio en nuestras fábricas he conocido a bastantes estudiantes y a obreros, sus compañeros de trabajo. Los estudiantes son franceses, alemanes, americanos. Ni un estudiante español. Será casualidad, será -quiero creer- desconocimiento de que existe esa Residencia, es cierto; pero estos días he celebrado la Misa ante un auditorio donde había obreros españoles y estudiantes extranjeros en exclusividad. Ya comprenderéis lo que uno pensaba: "Aquí faltan estudiantes españoles." ¿Y por que faltan?. Es una pregunta, nada más que una pregunta.

La otra anécdota, dolorosa, sucedió anoche. Asistí a una disputa, bastante violenta, entre dos estudiantes y tres obreros. Disputaban acerca de las ganancias de unos y de otros. Afirmaba uno de los estudiantes -por cierto estudiante avanzado, de los que van al fondo de las cosas-, que ellos tenían razones para ganar más que los obreros porque habían tenido que sudar más su carrera, habían tenido que soportar mucho más gastos, habían trabajado mucho más y también porque tenían necesidades distintas. Sobre todo insistía en las necesidades distintas. Uno de los obreros defendía que habían de ganar todos igual por la sencilla razón de que las necesidades del hombre son iguales y que si hay trabajos distintos, esto obedece a las vocaciones distintas, pero que las vocaciones distintas no deben ser tales que lleguen a crear necesidades e injusticias y por eso las ganancias debían ser iguales. Si las vocaciones han sido distintas, es justo que se compense económicamente a los que trabajan sin cultura. Al fin y al cabo, el que siguió su vocación de Abogado, de Médico o de militar no tenía que ganar más que el ebanista o el albañil. En su tremenda dialectica sostenía que si las necesidades son iguales y las profesiones distintas, no por derechos especiales sino por principio vocacional, nadie tenía derecho a ganar más dinero.

Lo cito sin interme en el análisis de los argumentos de unos y de otros, como ejemplo para que apreciéis la inmensa distancia que hay entre un mundo y el otro. La mayoría de vosotros pensaréis como los estudiantes. La mayoría de los obreros como los obreros. Como veís, hay distancias enormes de un mundo a otro.

de
Si no hay parte de los estudiantes suficiente corazón para acercarse a ese mundo a algo más que discutir, a algo más que lo que hace el S.U.T., a poner unos ladrillos un domingo, que es una colaboración simpática y supone un cierto acercamiento, lograremos bien poco. Hay que hacer más. Hay que convivir con ellos, hay que penetrar en su mentalidad, hay que participar en su vida. Este es el único medio que, unido indiscutiblemente a las medidas económicas que todos esperamos y que aun no han llegado para nivelar la sociedad española, nos obliga a prodigar amor, todo el amor que haga falta, en la paz de Dios. En oposición a la oposición violenta, trabajemos por una sociedad armoniosamente unida.

Y este es el afán, cada vez menos esperanzado, de los que vemos el problema y pensamos que su solución es el acercamiento de esos mundos distantes. El afán que os quería exponer aquí, en la confianza de que mis palabras os animen a realizar esa experiencia tan imprescindible y tan difícil, al parecer, pero tan fácil cuando nos mueven las verdades del Evangelio y nos inspira el mensaje del Verbo que se hizo carne y que nos da ejemplo para encarnarnos en ese mundo del trabajo. Buenas tardes.

(Prolongada salva de aplausos)